


 JORGE ANDUJAR

## Bolívar o de la educación

Bolívar viene al mundo el 24 de julio del año 1783, en pleno siglo de transformación y de cambio. Es el siglo de las luces. En medio de monarquías absolutas, en toda Europa arrecia un movimiento que enarbolaba la libertad de pensamiento y de imprenta; reivindica los derechos del hombre, la soberanía del pueblo y el estudio de ciencias experimentales. La física de Newton se va imponiendo; la astronomía de Copérnico y Galileo cobran fuerza; los aportes de Quesnay y de Lavoisier enriquecen la economía y la química.

En el campo de las ideas sociales surgen en España reformadores como Jovellanos y el Conde de Aranda; en el Perú, Vicente Morales Duárez y Baquíjano y Carrillo. En el Real Convictorio de San Carlos, con las reformas educativas introducidas por Toribio Rodríguez de Mendoza, se difunde el ideario revolucionario, a tal punto que se convierte en lo que Porras Barrenechea calificó como "cuartel general de la insurrección en el Perú".

Francia, cuna de la Enciclopedia y de la revolución de 1789, proporciona los más conspicuos intelectuales del cambio. Rousseau, Voltaire y Montesquieu irradian sus innovadoras ideas por el mundo; especialmente el primero, que ejerce, además, una notable influencia por su exquisita prosa y estilo personal, Bolívar, al menos en su primera época, acusa el enorme influjo de este ginebrino excéntrico. Después de todo, en su propia formación juvenil participaron las nociones educativas de Rousseau.

En su nativa Caracas el joven Simón cuenta con excelentes profesores particulares que su acomodada familia le impone. El primero de gran trascendencia es Francisco de Andújar, sabio sacerdote capuchino de recia personalidad que mereciera el aprecio del barón Alexander von Humboldt cuando visitó tierras americanas. El capuchino Andújar funda una famosa escuela de matemáticas donde Bolívar pudo aprender algo de esta ciencia. Empero, a juzgar por la materia dictada, el sistema libre de la academia y el poco tiempo, Andújar no pudo intimar, ni moldear —educar al fin— el espíritu del futuro libertador de América.

Similar opinión nos produce la meritoria labor cultural del marqués de Ustáriz y de don Miguel Sanz, perspicaz e inteligente tutor que por vez primera advirtiera claramente la raíz hispánica del movimiento independentista americano.

Su paisano y contemporáneo Andrés Bello, que gozaba de fama de niño adelantado, se ocupó también de la enseñanza del joven Bolívar. La asignatura a su cargo era la de geografía y gramática, en la cual pronto descolaría. Andando los años, en 1810, ambos formarían parte de la comisión de la Junta Gubernativa de Caracas —la primera en el nuevo mun-

do— que viaja a Londres a buscar el apoyo de Inglaterra a la revolución americana. Posteriormente, el Libertador, ya en el pináculo de la gloria, reclama a su antiguo profesor a su país natal, pero éste permanece en Chile, donde despliega una fructífera labor educativa.

No obstante su merecido prestigio intelectual, Bello no aparece como el maestro vital de Bolívar.

A quien la historia registra con justicia como su maestro por antonomasia, es don Simón Carreño, conocido simplemente como Simón Rodríguez o "Robinson". Este realmente moldea su carácter y su espíritu para las cosas grandes y buenas. Es un educador en toda la extensión del término. Si los otros dieron instrucción y enseñaron las primeras letras, éste brindó la educación básica que es formación del alma y del espíritu. La instrucción se dirige a la razón y al intelecto; la educación a la formación de la persona humana en su conjunto. Aquel que instruye es un profesor; un maestro, aquel que educa. Rodríguez es de estos últimos.

Puede decirse que el destino los unió. Simón Rodríguez era, en verdad, un tipo muy singular; algunos lo señalarían incluso como extravagante. No tenía bienes de fortuna, pero conocía la fuerza de la educación en el hombre y se preocupaba del tema. A los 22 años había escrito unas *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas*. Por su fama, se le concede la formación de un mozo discípulo, distinguido e inmensamente rico de nombre Simón Bolívar.

Rodríguez estaba imbuido, quizá en demasía, de las ideas revolucionarias. Se consideraba fiel seguidor de Juan Jacobo Rousseau y su obra *Emilio o de la Educación*, en la cual había expuesto, de manera práctica, sobre la mejor forma de educar al hombre ideal o *El arte de hacer hombres*. La premisa de Rousseau partía de un niño huérfano, rico y aristócrata. Bolívar reunía cada uno de estos requisitos.

Por esta curiosa circunstancia, la educación del pupilo se convierte en una suerte de experimentación pedagógica. El *Emilio* aconseja que el niño se entregue a la naturaleza, fomente su disciplina física y mental, la observación, destreza manual y el aprendizaje por la propia experiencia; hábitos todos que en su momento le serían de enorme utilidad al Libertador.

Años más tarde, cuando Bolívar se convierte en árbitro indiscutido del nuevo mundo, pone de manifiesto su vivo interés por la educación y una particular filosofía de ella, que se parece como gota de agua a la del *Emilio*: "La educación no consiste básicamente en formar profesionales, ni guerreros, ni estadistas, sino formar el espíritu y el corazón de la juventud".